

Palabras de la directora de Género, Diversidad y Equidad en el lanzamiento del proyecto **InÉS de Género UAH**

2 DE JUNIO DE 2026

*Piramidal, funesta, de la tierra nacida sombra, al cielo
encaminaba de vanos obeliscos punta altiva, escalar pre-
tendiendo las estrellas.*

Así comienza el poema de Sor Juana *Primero sueño*. Una sombra nacida de la tierra que intenta escalar las estrellas y no llega. Las estrellas la burlan; siguen brillando, distantes e inalcanzables. Es la tensión que atraviesa todo el poema: el deseo de conocerlo todo y el límite que ese todo impone. Muchas líneas después, el poema termina con otra imagen, esta vez luminosa:

El mundo iluminado, y yo despierta.

Primero sueño es un poema nocturno. Mientras el mundo duerme –los animales, el mar, los peces, el ladrón, el amante– el alma emprende un viaje. No un viaje místico, sino intelectual. Un recorrido por las fronteras del conocimiento humano, por figuras piramidales y símbolos enigmáticos, por la pregunta de si es posible comprender el mundo y por el descubrimiento de que quizás no, no del todo, no de una vez.

El poema termina con el amanecer. La luz llega, el sueño se disuelve, y ella sigue despierta. Viendo lo que otros no vieron mientras dormían.

Esa imagen –la mujer que pasa la noche entera explorando lo que el mundo no ve– desborda el recurso poético: afirma una forma de conocimiento. El conocimiento que ella reclama es nocturno, no autorizado por las instituciones diurnas que regulan quién puede saber y quién no.

Christine de Pizan, dos siglos antes, ya había construido su *Ciudad de las damas* de noche, en sueños, con una genealogía de todas las mujeres sabias del mundo. Juana la continúa y la radicaliza.

Sor Juana nació en 1648, en el virreinato de Nueva España. Eligió el convento –o más bien, lo negoció– porque, como ella misma escribió, era el único espacio donde una mujer podía leer, estudiar y escribir sin tener que rendir cuentas a un marido.

Pero el convento no era un refugio neutro. La académica chilena Jimena Castro, leyendo a Foucault, describe los conventos coloniales como instituciones disciplinarias: espacios diseñados para distribuir, vigilar y normalizar los cuerpos y las conciencias de las mujeres. La clausura no era solo física. Era epistémica. Regulaba quién podía saber, quién podía hablar, y bajo qué condiciones.

En ese marco, escribir era un acto de doble filo. Las monjas que escribían lo hacían casi siempre por mandato de sus confesores, hombres que luego revisaban, corregían y decidían qué circulaba y qué no.

Sor Juana lo sabía. Y lo desafió.

En 1690, Sor Juana escribió una crítica teológica a un sermón de un teólogo muy influyente de la época. Su texto era privado, no destinado a circular. El obispo de Puebla lo consiguió y lo publicó sin su permiso. Pero al hacerlo, añadió una carta propia firmada bajo un seudónimo femenino –*Sor Filotea de la Cruz*– ocultando su identidad masculina. En esa carta la elogiaba, pero el elogio era una trampa:

le decía que una mujer de tan extraordinario talento debería dedicarlo a la devoción, no a la teología.

Juana respondió con la *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz* –uno de los primeros textos feministas de América–. Defendió con una lucidez desarmante el derecho de las mujeres al conocimiento.

Dos años después, bajo presiones que la historia nunca terminó de documentar del todo, renunció a su biblioteca, a sus instrumentos, a su pluma. Murió a los 46 años, durante una epidemia que la encontró ya sin voz.

Como sostiene Castro, Juana fue silenciada. Pero también agrega que, antes de ser silenciada, logró algo que muy pocas mujeres de su tiempo consiguieron: torcer la mano del poder.

Más de tres siglos después, la historia no se repite, pero rima.

Hoy no hay confesores que revisen cuadernos ni obispos que publiquen cartas sin permiso. Pero siguen existiendo mecanismos –más sutiles, más institucionalizados– que regulan quién produce conocimiento válido, qué preguntas merecen financiamiento y quién ocupa los espacios de liderazgo académico.

Y esos mecanismos no son neutros. Se han recodificado en instituciones, normas y prácticas que siguen determinando qué voces se escuchan, cuáles se citan y cuáles permanecen invisibles.

Juana pasó la noche entera viendo lo que otros no verían. Al amanecer, cuando el mundo volvió a ser iluminado, cuando las instituciones diurnas retomaron el control, ella seguía despierta.

Ese gesto –el de quedarse despierta– es exactamente lo que un proyecto como este viene a hacer posible. La tarea, entonces, es transformar ese gesto individual de resistencia en una estructura. Condiciones para que más mujeres ingresen,

permanezcan y lideren en la academia, trayectorias de investigación más justas, un currículo sensible al género: todo eso es la arquitectura que permite que el conocimiento nocturno tenga lugar en el día.

El proyecto que lanzamos hoy lleva el nombre de Sor Juana porque ya no queremos que el conocimiento ocurra solo de noche. Porque la apuesta es que aquello que ella vio en la oscuridad encuentre un lugar a plena luz.

El mundo iluminado, y yo despierta.

Que esa sea también nuestra tarea. El mundo iluminado, y nosotras despiertas.

Valentina Nilo

Directora de Género, Diversidad y Equidad

Directora alterna del proyecto InÉS de Género UAH
“Fortalecimiento institucional para el desarrollo de
una cultura de I+D+i+e con justicia y perspectiva
de género – INGE250002”
